

CAPÍTULO XI

Estado de Bolonia al volver de Nápoles el Padre Pignatelli. — Los prelados de Italia y los jesuitas. — La dama boloñesa convertida. — Paccanari y Pignatelli. — Reputacion del Venerable levemente empañada y plenamente defendida. — Su caridad con la condesa de Montauban. — Sale definitivamente de Bolonia. — Entrevista con Pío VI en Florencia. — Alcanza un privilegio para los jesuitas españoles. — Limosna de la Duquesa de Villahermosa á Su Santidad. — La causa de la Compañía. — Marotti y Pignatelli. — El noviciado de Parma.

1798

Al volver el P. Pignatelli de Nápoles á principios de 1798 halló profundamente cambiada la faz de Bolonia y aun de todo el estado pontificio. El anciano Pío VI había sido despojado sacrilegamente de sus dominios temporales por el ejército de la república; y arrojado de su sede el 20 de Febrero, confinósele á la ciudad de Sena, á donde llegó á 25 del mismo mes en compañía del cardenal Lorenzana, enviado de Madrid para consuelo del afligido Pontífice. Hasta el 25 de Mayo de este mismo año Pío VI permaneció en Sena: y habiendo experimentado graves desperfectos á causa de un espantable terremoto el convento en que habitaba, fue trasladado á Florencia después de algunos días.

Tan bárbaro atropello, cometido en la persona veneranda del Jefe Supremo de la Iglesia, no permitía á los jesuitas españo-

les esperar mejor tratamiento de parte de los republicanos, por más seguridades que de ellos hubiesen recibido. Iguales temores habí concebido el gobierno de Madrid: el cual, como viese lo ineficaz de la real orden expedida el año anterior, en que se permitía á todos ellos la vuelta á su patria; publicó otra más benigna, y les concedió que llegados á España los jesuítas, pudiesen cada cuál retirarse al seno de sus familias. Esta mayor latitud y los temores de nuevas vejaciones en Italia determinaron á la mayor parte de los españoles á dejar su destierro y á ir á buscar el reposo y descanso, por que tanto suspiraban, en la patria que les vio nacer.

Antes de salir de Italia, los Padres se procuraron testimoniales de sus respectivos prelados, los cuales se las dieron muy satisfactorias. La de Monseñor Bizzani, obispo que fue de Forli, estaba concebida en los términos siguientes:

«Yo tenía noticia de la vuelta de los ex-jesuítas españoles á su patria, como tambien de la de los portugueses, que vivían aún después de tan largo destierro. El rey católico tendrá motivo de gran consuelo al recobrar y admitir de nuevo en sus dominios á tantos súbditos fieles y benévolos, dignos de toda estimacion por su ejemplar conducta y piedad, por su sólida y profunda doctrina, y por su cultura en las bellas letras; sujetos casi únicamente hábiles para la importantísima obra de la educacion de la juventud en el temor santo de Dios, en la debida sumision á la Iglesia y al estado, y en todo género de ciencias y literatura.»

«No exagero al decir esto, sino que digo la pura verdad, que me consta de varios modos por haber sido obispo de Forli, por el juicio de los demás obispos de la Romanía, de Pésaro, de Fano, de Gubbio, mis contemporáneos, y por la constante fama de tantas personas de bien y honradas con las que he tenido ocasion de tratar, especialmente en Roma, donde se separaba el grano de la cizaña y se cernía á los hombres. ¡Cuántas y qué hermosas y útiles obras de toda especie de literatura y piedad dadas á luz por los españoles no he tenido yo ocasion de leer

y admirar en estos últimos años! ¡Cuántas he leído además, prontas ya para ir á la prensa! ¡Cuántos individuos dignos y respetables en mi larga carrera de 75 años no he tenido proporcion de conocer y tratar á fondo personalmente y por cartas!»

«Diré por último con toda ingenuidad y franqueza, que por cualquier lado que se mire, ha de ser perjudicialísima para Roma y para gran parte de la mísera Italia la marcha de los ex-jesuítas españoles en estos desgraciados tiempos: pero la majestad del rey católico pretende el bien y provecho espiritual y temporal de sus felicísimos estados, y por cierto que no tardará en conseguirlo, poniendo en movimiento y accion á tantos y tan dignos súbditos. Deseo entretanto á todos aquellos, que conserven algun recuerdo de mi inútil persona, un viaje enteramente feliz, etc.— Santo Ángel en Vado, 22 de Junio 1798. — BIZZANI, que fue obispo de Forli'.»

Vuelto á Bolonia el P. Pignatelli, apenas halló más jesuítas españoles que unos pocos ancianos achacosos, los cuales no se habían sentido con salud y fuerzas para emprender tan penoso camino. Sensible fuera al Siervo de Dios el sacrificio forzoso hecho por sus enfermos hermanos, á no haber previsto ó con luz superior ó por ciertas conjeturas de orden natural, que la estancia de los jesuítas en España había de ser efímera y de muy poca duracion, y seguida de una nueva orden de extrañamiento, como en efecto se verificó bien pocos años después, ni más ni menos que como á sus compañeros lo había anunciado el P. Pignatelli. De todas maneras su presencia en Bolonia ya no era tan necesaria para el bien de sus hermanos, como hasta ahora lo había sido.

Por otra parte la actual benignidad de la corte de Madrid, el cambio de gobierno establecido en Bolonia, y la destitucion del comisario español Capelleti por Bonaparte, habían desvanecido ya uno por uno los lazos todos que le tenían preso en Bolonia,

¹ En el apéndice núm. 3 se hallarán otros cuatro documentos de otros tantos prelados.

y los obstáculos que hasta entonces le habían impedido realizar su antiguo deseo de trasladarse á Rusia. Además, su agregacion á la Compañía, que realizó el año pasado, le imponía, á su juicio, cierto deber de pasarse á vivir bajo la obediencia de su Superior y en compañía de sus hermanos.

Antes de dejar á Bolonia para ir á realizar su intento, ofreciósele ocasion y oportunidad de dar el último asalto á la dama filósofa, de quien ya hemos hablado; y para reducirla á Dios, precisamente tomó pie de un contratiempo que la sobrevino, ó por mejor decir, que ella misma se acarrió. Durante la ausencia del Padre, la dama recibió un ligero desaire, que ella reputó gravísima injuria. La persona de quien se ofendió, era un caballero muy íntimo de su esposo y que solía frecuentar su casa. Herida ella en lo más vivo de su amor propio, montó en cólera, y meditó la manera más segura de vengarse.

Entre los varios recursos que se le ofrecieron, se atuvo al menos digno de su condicion, que fue denunciar al caballero, su ofensor, como partidario del gobierno pontificio y desafecto al republicano recientemente establecido en Bolonia por la revolucion. Al hacer la denuncia, creyó que le había de ser fácil dar el golpe y esconder la mano, de modo que su émulo ignoraría el delator, sería condenado irremisiblemente al destierro, y ella se libraría así de tan insoportable estorbo. Pero la cosa le salió muy al revés; porque si bien el sujeto fue encarcelado, y aun condenado á trabajos públicos; la sentencia se fijó en los sitios acostumbrados de la ciudad con expresion del nombre de la que le había delatado.

Moríase de vergüenza la dama cuando lo supo; y más cuando divulgada la noticia entre el pueblo, se levantó contra su persona un sordo murmullo, que la obligó á encerrarse en una habitacion, donde estuvo largo tiempo sin atreverse á parecer en público. El P. José, al saber esto, juzgó que aquel era el momento oportuno de dar el último asalto. Va á su casa, manifiéstale su dolor por el infausto acontecimiento, y empieza á describirle poco á poco la infelicísima condicion de su alma y los

castigos temporales y eternos que la amenazaban en ésta y en la otra vida, si no daba entrada al saludable arrepentimiento.

Como la tribulacion la había empezado á abrir los ojos, las palabras del Siervo de Dios la penetraron, é infundieron en su alma tan viva luz, que mirándose, se horrorizó de sí misma; y retractando sus errores, y detestando su indigna conducta con amarguísimas lágrimas, se reconcilió con Dios, propuso emprender vida nueva, y se entregó en manos de quien la había iluminado y convertido. Obtuvo que se pusiera en libertad al perseguido por su causa; y este, convencido por la persuasiva del Siervo de Dios, hizo las paces con su ofensora. Cumplido este deber de conciencia y reparado el escándalo, entregóse toda á Dios y á obras de cristiana piedad, en las que, con ejemplo y admiracion de toda Bolonia, vivió cerca de un año, hasta que con muy fundadas señales de salvacion pasó de esta misera y caduca vida del mundo á la inmortal y dichosa de la gloria.

Terminado el negocio de la dama boloñesa tan á satisfaccion del Padre y de la interesada, ofreciósele al Siervo de Dios otro negocio de muy diversa índole ántes de que se pusiera en camino. Presentósele cierto día un jóven, vestido con la sotana de la Compañía, que le rogó se sirviese oírle, pues tenía que tratar con él un asunto de grande importancia. Sorprendióle al P. Pignatelli el traje de su interlocutor: el cual se dio prisa á quitarle la sorpresa explicándole la autorizacion, por lo menos tácita, que del Sumo Pontífice tenía para vestir la sotana de San Ignacio.

Díjole que venía de Sena, como era la verdad: que allí se había presentado á Pio VI con aquel mismo traje, sin ser por ello reconvenido de Su Santidad; quien por el contrario, le había recibido con amabilidad y deferencia, y había aprobado el proyecto que para bien de la Iglesia y de la Compañía había concebido, estaba realizando, y acababa de someter á la aprobacion del anciano Pontífice.

La facilidad en la expresion, lo vivo de su genio y una seductora elocuencia que arrebatava, llamaron vivamente la aten-

cion del P. Pignatelli, impaciente por saber el nombre, la historia y los proyectos de su huésped. Llamábase este Nicolás Paccanari: había pertenecido al antiguo Oratorio fundado en Roma por el P. Caravita, á donde se había juntado con los demás jóvenes obreros y comerciantes que en él se reunían, saliendo de allí para ir á enseñar el catecismo á los pobres y niños de Roma y de los lugares de la vecindad, como practicaban los Padres en los tiempos anteriores á la extincion de la Compañía.

Al ver la falta que esta hacía en Europa, se propuso Paccanari restablecerla conforme á las constituciones y al espíritu de San Ignacio. Su plan había sido aprobado por Pío VI, quien le acababa de conceder, para durante siete años, algunos privilegios; y le ordenó que tomase bajo su proteccion y cuidado á los alumnos del colegio de la Propaganda, dispersados por los nuevos gobernantes en Roma.

Varios afectos se agitaron en el corazon del P. Pignatelli al oír la relacion de Paccanari, y no dejaría de tener por intempestivo su proyecto en vista de los esfuerzos que en Parma se hacían por personas venidas expresamente de Rusia y por otros antiguos jesuitas, uno de los cuales, y no el menos principal, era él, para el restablecimiento de la religion de San Ignacio. Pero como varon que era prudentísimo y sumamente respetuoso con el Sumo Pontífice, abstúvose de manifestarle lo que sentía de su plan, contentándose con preguntarle acerca del modo cómo él y los suyos entendían y practicaban las constituciones de la Compañía.

El resultado de esta conferencia de Paccanari con el Padre Pignatelli lo refiere el P. Juan Antonio Grassi¹, á quien se lo contó el mismo Venerable, con estas palabras: «Antes de salir de Bolonia,» dice, «presentósele un día dicho P. Paccanari: quiso el Siervo de Dios enterarse de cómo se observaba entre los suyos el Instituto. Al oír que había introducido en él varias alteraciones, sin titubear un momento declaró á Paccanari que ni él ni

¹ *Process. Rom.*, fol. 945.

los suyos tenían nada de jesuitas, ni lo serían jamás: porque los verdaderos jesuitas,» dijo, «respetan hasta la última jota y tilde del Instituto.»

Gravísimas fueron las palabras del Siervo de Dios y encierran una verdadera prediccion del triste fin que tuvo la obra de Paccanari, y más su padre y autor, segun que adelante se irá diciendo. Llegaba ya la hora de salir de aquella ciudad que le había dado asilo por espacio de casi veinte y cinco años, y que había sido el teatro de su celo por el bien de sus hermanos, á quienes socorrió en sus necesidades, defendió en sus persecuciones, consoló en los casos adversos, en una palabra, á quienes hizo de padre cariñoso y solícito en todas las ocasiones que se ofrecieron.

Singulares ejemplos de toda virtud resplandecieron en el P. José durante su larga permanencia en Bolonia, y el ejercicio de ella, mayormente de su caridad, más de una vez dio pretexto á los que no conocían la alteza de su espíritu, para interpretar en sentido menos favorable la aplicacion de los mismos medios que para hacer bien á otros adoptaba.

Su continuo roce con la nobleza de la ciudad, su porte exterior y el trato de su persona conforme exigían sus relaciones, y las numerosas visitas de los personajes españoles de más representacion que pasaban por Bolonia, eran interpretadas como espíritu mundano menos en armonía con la humildad y recogimiento religioso: y no obstante es cosa cierta que él lo hacía por el único motivo de impedir pecados y de tener autoridad con los poderosos para estorbar que oprimiesen á sus hermanos.

Yo creo fue providencia particular de Dios se mandase de España á raíz de la extincion que el P. Pignatelli pasara á establecerse en Bolonia, en donde residían los tres comisarios regios, y las autoridades eclesiásticas se mostraron, más que en otras partes, desafectas á los jesuitas españoles; precisamente para que donde era mayor la necesidad, fuese también más eficaz el remedio. Tres sujetos capaces de evitar mil atropellos á los pobres desterrados dispuso la Providencia que se juntasen en Bo-

lonia; estos eran, los Padres Francisco Javier Idiáquez, Isidro López y nuestro José Pignatelli. Los dos primeros habían fallecido ya: el P. José, terminada su misión en dicha ciudad, iba á salir de ella para vivir de asiento en Parma. El P. López, que tan familiarmente trató con el Siervo de Dios no solo en Bolonia, sino también ántes en Ferrara, llegó á decir que no conocía otro sujeto de talento tan universal, de erudición tan vasta, de penetración y vista tan acertada, como el P. José Pignatelli.

Antes de referir la santa vida que entabló el P. Pignatelli en aquel ducado, creo oportuno cerrar la relación de su residencia en Bolonia disipando una pequeña nube, con que pareció oscurecerse la pureza de su santidad en dicho tiempo. En el proceso formado en Roma¹ dijo el P. Juan Bautista Pianciani: «En el colegio de Viterbo el Padre della Cella², haciendo una vez mención de una señora, no sé cuál, que vivía en Bolonia, y no recuerdo que me descubriese su nombre, dió á entender, así como de paso, que el P. Pignatelli frecuentaba su casa; y añadió: «la acompañó al teatro.» Esta expresión, proferida así como de paso, no sé cómo se ha de interpretar. Ignoro el grado de certeza que tenga la noticia, ni de dónde la sacó. Fuera de esto no he oído del dicho Padre della Cella otra cosa que pueda oponerse al buen concepto del Siervo de Dios.» Hasta aquí el P. Pianciani: cuya confesión dió motivo á que en el proceso, que se hizo en Bolonia, se inquiriese con gran cuidado y escrupulosidad acerca de este delicadísimo punto.

Y en efecto: la pregunta número 31, que se mandó hacer á los testigos, contenía los capítulos siguientes: «Si sabían, ó habían oído decir, si visitaba personas grandes, ú otras, y cuáles: si visitaba mujeres, y cuáles, y en qué circunstancias; si las visitas eran de día ó de noche, si frecuentes ó raras, si cortas ó largas.

¹ *Process. Rom.*, fol. 1057.

² Murió este Padre en 1817, diez y nueve años ántes que se comenzase el proceso; pues este se incoó en 17 de Mayo de 1836. Que morase en Bolonia después de la extinción, despréndese de la carta del Padre Pignatelli á Borgo copiada en otro lugar. Véase pág. 178.

Y declare de estas personas los nombres y las costumbres, y los de los compañeros, si algunos había, que fuesen con el Venerable: declare el juicio que la gente formaba de esto, y todas las circunstancias.»

Á esta pregunta responden á una voz todos los interrogados, que el Venerable no frecuentaba otra casa que la de los marqueses Spada: lo cual explica el testigo primero, Francisco Boschi, con estas textuales palabras: «No tengo noticia que el Venerable frecuentase otra casa fuera de la del Marqués Senador Mucio Spada; advirtiendo, como ya hemos dicho, que vino también á mi casa cuando se despidió para Florencia: ni sé que visitase á la señora ú otras mujeres, salvo el caso de conveniente cortesía, á la mujer de dicho Senador Marqués Spada, señora piadosísima y religiosa, de la familia senatoria Péppoli. He oído decir que á dicha casa Spada iba todas las tardes; y ordinariamente se iba de allí cuando se preparaban las mesillas del juego de pura y honesta diversion.»

No fue menos satisfactoria la respuesta á la siguiente pregunta concebida en estos términos: «Si saben, ó han oído decir, si alguna vez el Venerable, durante su residencia en Bolonia, asistió á espectáculos públicos; si fue allá con otros compañeros, ó si acompañó á ellos á alguna mujer, y por qué motivo.» Dos de los testigos responden no haber jamás oído tal cosa; los cuatro restantes lo niegan sencillamente.

Tal fue el resultado de la minuciosa averiguación practicada acerca de tan delicado punto. Y parece haber sido especial providencia de Dios que se inquiriese con tanta diligencia en él, á fin de que resaltara más y más el recato y honestidad del Padre Pignatelli durante el largo período de veinte y cinco años, que vivió en Bolonia, abandonado á su libertad, sin compañeros que fuesen testigos de sus actos, sin Superiores que vigilasen sobre su conducta, como hubiera tenido, si hubiese formado parte de una comunidad religiosa.

Y para decir lo que en este particular se me ofrece, creo que el dicho del Padre della Cella no tiene otro fundamento que un